

Poesía vertical

Varios poemas incluidos en esta selección integran la *Undécima poesía vertical*, que aparecerá próximamente en dos ediciones paralelas, una española (Pre-Textos, Valencia) y otra argentina (Carlos Lohlé, Buenos Aires).

I

Prólogo de un texto que ignoramos,
escribimos la vida
sobre un soporte más frágil que el papel,
sobre una sustancia más huidiza que el agua,
con la sensación irreprimible
de que ese prólogo es decididamente innecesario.

¿Será acaso también innecesario
el texto que prologamos?
Y si es así,
¿por qué y para qué fue escrito?

¿O aún no ha sido escrito
y somos nosotros quienes debemos redactarlo?

¿O el prólogo y el texto son intercambiables
y puede el prólogo convertirse en texto
o el texto reducirse a prólogo?

II

Una escritura que soporte la intemperie,
que se pueda leer bajo el sol o la lluvia,
bajo el grito o la noche,
bajo el tiempo desnudo.

Una escritura que soporte lo infinito,
las grietas que se reparten como el polen,
la lectura sin piedad de los dioses,
la lectura iletrada del desierto.

Una escritura que resista
la intemperie total.
Una escritura que se pueda leer
hasta en la muerte.

III

¿Con qué instrumento, qué materia, qué mano
escribir en el negro pizarrón de la noche
la palabra que empuja a todas las palabras
y cuyo trazo es la forma propia de la noche?

¿Con qué lengua, qué sonido, qué voz
decir en el paréntesis abreviado del día
la palabra que está en todas las palabras
y cuyo núcleo es la sílaba secreta de la luz?

¿Con qué sustancia, qué órgano, qué signo
formular y exhalar en el lugar exacto
la palabra que reúne ambas palabras
y unifica a la luz y la sombra
en el vértigo, la intemperie
de este ramo fortuito del ser y del no ser?

IV

Un espacio
no puede borrar a otro,
pero puede arrinconarlo.
También los espacios ocupan un lugar,
en otra dimensión que es más que espacio.

Hay espacios con una sola voz,
espacios con muchas voces
y hasta espacios sin ninguna,
pero todo espacio está solo,
más solo que aquello que contiene.

Aunque todo espacio
se confunda al fin con todo espacio.

Aunque todo espacio
sea un juego imposible,
porque nada cabe en nada.

V

Un doble fondo del sueño
me recuerda que sueño.

El sueño tiene
un repliegue en el fondo
donde conserva con precaución extraña
un carretel encapsulado
con el hilo que lo une a la vigilia.

Sin ese denso pliegue
el sueño se saldría de la vida,
nos dejaría caer en otra parte
o tal vez acabara borrándonos.

¿No ocurrirá lo mismo con la muerte?
¿No tendrá también la muerte un doble fondo?
¿No lo tendrán todas las cosas?
¿No será la vida un doble fondo
que nos recuerda también algo
que no podemos precisar?

VI

Para leer lo que quiero leer
tendría que escribirlo.
Pero no sé escribirlo.
Nadie sabe escribirlo.

¿Se tratará de una escritura perdida
o acaso de una escritura del futuro?

Tal vez quiera leer
lo que no se puede escribir.
O simplemente lo que no se puede leer,
aunque se escriba.

VII

Desperté demasiado temprano
y comencé a pensar en lo eterno,
pero no en la gran eternidad de los rezos
sino en las pequeñas eternidades olvidadas.

La parte que no fluye del río,
aquello de la ciudad que siempre calla,
el lugar que no duerme en tu cuerpo dormido,
aquello que no despierta en mi cuerpo despierto.

Sentí entonces que las pequeñas eternidades
son preferibles a la gran eternidad.

Y no pude volver a dormirme.

VIII

La insana condición
de no poder pensar juntos,
de no poder pensar en común,
de no poder concebir entre los dos un pensamiento,
nos separa sin remedio.

Por eso la tentación mayor
de dos seres que se aproximan
es fundar un nuevo dios,
un dios que se comprenda a sí mismo
y corrija este error,
este trauma fatal
de los dioses partidos.

IX

El poema es tiempo joven.
Todo a su alrededor se aplasta:
el otro tiempo, el gesto, los bonetes,
el cartón de la fama,
los convulsivos dioses,
la admiración, el fuego,
tu mirada, la mía.

Hasta las estaciones desparraman el cielo
 y al final lo abochornan.
 No hay nada que retenga
 el peso del invierno,
 que tira desde abajo de cualquier estación,
 confirmando los cimientos de nada,
 la disgregada base,
 la utopía gastada donde se asienta el mundo.

Y sin embargo, adentro de la vejez creciente,
 filón a contramano,
 contrahistoria que borra
 la tristeza inflexible de las fechas,
 el poema es siempre tiempo joven,
 valija tibia de la vida,
 estuche que preserva la memoria,
 maravillada, intacta,
 ya ni posible ni imposible,
 de aquello que la vida debió ser.

X

Interrumpir todos los discursos,
 todos los esqueletos verbales,
 e infiltrar en el corte
 la llama que no cesa.

Empezar el discurso del incendio,
 un incendio que inflame
 estas rastreras chispas malolientes
 que saltan porque sí,
 al compás de los vientos.

Y entretanto sellar la incontinencia
 del verbo del poder y sus secuelas.
 La palabra del hombre no es un orden:
 la palabra del hombre es el abismo.

El abismo,
 que arde como un bosque:
 un bosque que al arder se regenera.

XI

Un perro ciego
da vueltas en círculo,
como si se buscara a sí mismo.

Dibuja así un diagrama atroz,
donde no cabe la esperanza.
Traza la parábola aberrante
de la pérdida hacia adentro,
como si no bastara
extraviarse en los otros
o en la enajenación del infinito.

Esa imagen vulnerable de algún modo
todas las imágenes.

XII

Me falta tiempo,
pero me sobra eternidad.
Tiempo y eternidad ahora:
dos corrientes simultáneas.

No puedo aguardar que el vaso se llene,
pero el vaso está lleno.

Debiera haber por lo menos dos vasos:
un vaso para estar lleno,
otro para estar vacío.

XIII

Como una música asimétrica
en la que cada audición es la primera,
la elocuencia sin labios de las cosas
deslumbra el fondo mudo
de donde surgen desnudas las palabras
y levanta la traba que posterga
su convocado y necesario advenimiento.

Cada palabra, cada forma
es un signo de admiración reconcentrado,
una recatada exclamación,
como el agua profunda.

Los signos de admiración que se escriben
debieran ser suprimidos del lenguaje
como garabatos parásitos,
como sofocantes redundancias.

Hasta el silencio mismo es un signo de admiración.
Y el pensamiento es otro.

XIV

Hay ángulos que no pueden cerrarse
y que ninguna línea convertirá en figura.
Ellos resumen el destino.
Tampoco el destino puede cerrarse.

El amor conoce esos ángulos
y con frecuencia acude a ellos.
También el pensamiento y la palabra.
También los párrafos del viento.

Pero no hay instrumento que pueda medirlos,
ni hay geometría que los abarque.
Ellos responden a otro orden del espacio:
la geometría de lo abierto.

Y quizá también respondan a un llamado,
pero no sabemos de dónde.

XV

Toda palabra es una duda,
todo silencio es otra duda.
Sin embargo,
el enlace de ambas

Todo dormir es un hundimiento,
todo despertar es otro hundimiento.
Sin embargo,
el enlace de ambos
nos permite levantarnos otra vez.

Toda vida es una forma de desvanecerse,
toda muerte es otra forma.
Sin embargo,
el enlace de ambas
nos permite ser un signo en el vacío.

Roberto Juarroz